

Breves palabras explicativas de un renteriano de adopción

En unas líneas—breve y lealmente—he de justificar mi actitud pasada y presente.

RENTERIA publica hoy su número 15. Reaparece, radiante y con júbilo, tras dos años de ausencia. Dos años de silencio que los malintencionados, que nunca faltan, pudieran interpretar como el principio del fin. Quiero decir que alguien pudiera pensar que nos íbamos para siempre.

Nada más lejos de la realidad que semejante sospecha.

RENTERIA dejó de saludar en dos Magdalenas a sus queridos convecinos porque—portavoz, en esencia y potencia, del júbilo popular de las fechas patronales; válvula por donde escapa, en letras de molde, la sana alegría de las fiestas tradicionales—participaba del dolor general y no estaba para bromas ni canciones.

Tristes, muy tristes, fueron para los renterianos las dos últimas Magdalenas. Digna y justificada tristeza que nuestra Revista estaba en la obligación de respetar y compartir. Y que compartió y respetó no apareciendo los dos julsos últimos. Guardamos el respetuoso silencio que inspiraba el dolor de la Villa por los desdichados sucesos que acababan de ocurrir y que dejáronla aniquilada, sin alma para una sonrisa que no fuera de angustioso desaliento o de resignada impotencia. Respetamos su gran dolor, asociándonos a él con todo nuestro corazón y compartiéndolo como una propia e íntima desgracia. Obramos, en suma, como creímos era nuestro deber.

Tal ha sido la razón de nuestra conducta, que muchos queridos amigos han aplaudido y alabado.

Y RENTERIA, que no fué una nota disonante en el concierto de las lágrimas pro-

vocadas por tanta calamidad como ha sufrido este resignado pueblo, vuelve hoy a la liza—de donde no se alejó derrotada sino condolida—con más ímpetu que nunca y con el decidido propósito de perseverar en su anual comunicación con los favorecedores de tantos años.

Aquí estamos, pues, y aquí estaremos todos los años por la misma fecha, en homenaje y servicio de este querido pueblo.

Y no se aturda nadie de tales protestas de renterianismo, que las dicta el corazón con esa desnuda y limpia sinceridad con que hablan sólo los corazones leales y agradecidos. Si la Villa me acogió en sus brazos amorosos, recibíndome y tratándome durante largos años como a un renteriano más, un renteriano de adopción, yo he sabido, yo supe, en todo momento corresponder, con la mejor voluntad, a tanta inmerecida gentileza. Después... Exigencias de la vida hicieronme cambiar de residencia. Me alejé de Rentería. Pero, ¿quién dice que la ausencia engendra olvido? Por el contrario—como dice la copla, «ausencia es aire que apaga el fuego chico y enciende el grande»—sigue siendo para mí la Villa como una segunda patria chica, y tengo su recuerdo entre mis más caras devociones. No en vano pasé en ella los años más dichosos, seguramente, de mi existencia.

Lector, favorecedor y amigo. Ya he descargado mi conciencia. Te debía estas explicaciones sobre mi conducta pasada y presente. Ahora, tú, medítalas sin prevenciones y sentencia en justicia. Y que este número de las Magdalenas de 1935, que es el del renacimiento de RENTERIA, sea de tu completo agrado.

Federico SANTO TOMAS